

**CEREMONIA EN HOMENAJE AL 150 ANIVERSARIO DE LA  
BATALLA DE PICHINCHA\***

(24 de mayo de 1972)

**DISCURSO DEL SEÑOR DOCTOR GUSTAVO PONS MUZZO**

Señor General de División don Ernesto Montagne Sánchez. Primer Ministro y Ministro de Guerra.

Excelentísimo señores Embajadores.

Señor General Presidente de la Comisión Nacional del Sesquicentenario.

Señor Teniente Alcalde de Lima y Señor Alcalde de Jesús María

Distinguidas Autoridades

Señoras y Señores:

Tengo el honor de traer a esta solemne ceremonia la palabra de la Comisión Nacional del Sesquicentenario que tan digna y competentemente preside el General de División don Juan Mendoza Rodríguez, empeñada por mandato de la ley desde hace algo más de dos años en conmemorar dignamente el sesquicentenario de nuestra independencia, forjada por el pensamiento, el esfuerzo y la sangre del pueblo peruano en todas sus clases sociales, proclamada por el Libertador Generalísimo Don José de San Martín desde la Plaza de Armas de Lima el 28 de julio de 1821 y consolidada en los campos de la Quinua, en Ayacucho, por el ejército unido del libertador el 9 de diciembre de 1824.

Es en este lapso jalonado de hechos heroicos que se produce la conjunción de los ejércitos liberadores de los pueblos del Continente, habiendo sido el que inició esta hermosa unidad el acontecimiento que hoy celebramos,

**\*En: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Discursos pronunciados en actuaciones cívicas conmemorativas. I. Etapa Sanmartiniana. Lima, 1972. Págs. 517-525.**

---

Este texto se reedita en honor y recuerdo cariñoso al maestro e historiador Dr. Gustavo Pons Muzzo, mi padre. María Elsa Pons Muzzo Díaz.

(Sin fines comerciales)

Hace ciento cincuenta años, el primer anuncio que tuvo el gobierno del Perú de la espléndida victoria fue la siguiente comunicación enviada por el general don Antonio José de Sucre, desde Quito, el 25 de Mayo de 1822, al Ministro de Estado del Perú don Bernardo Monteagudo y que decía lo siguiente: "Señor Ministro: la victoria esperó ayer a la división libertadora con los laureles del triunfo en la faldas de Pichincha. El ejército español que oprimía estas provincias ha sido completamente destruido en un combate encarnizado, sostenido por tres horas. En consecuencia, esta capital y sus fuertes están en nuestras manos después de una capitulación que tuvimos la generosidad de conceder a los vencidos. Por ella debe sernos entregada como prisionera la guarnición de Pasto y cuantas tropas españolas existían en el territorio de la República que conservan aun en el Departamento. A la vista del primer pueblo de Colombia que proclamó su libertad (Quito), ha terminado la guerra de Colombia por una batalla célebre que ha dado la República el tercer día de Boyacá". Monteagudo a su vez contestaba: "Venciendo V.S. al ejército en las faldas del monte de Pichincha, ha escrito en ellas las últimas palabras que faltaban al decreto de emancipación de Colombia... Quito debía ser libre, pero su libertad estaba reservada al esfuerzo unido de los colombianos, peruanos y argentinos que desde las inmensas distancias que los separan, han ido a buscar la victoria el Ecuador".

En los documentos que hemos leído, los protagonistas de estos hechos han precisado con claridad meridiana los alcances de esta victoria: por ella se daba por terminada la guerra de la independencia de la Gran Colombia, se consumaba la libertad del Ecuador, que pocos años más tarde, por libre determinación de sus habitantes constituiría un estado independiente; se eliminaba el serio obstáculo -la resistencia en Pasto- que durante varios años había impedido la marcha victoriosa de los ejércitos libertadores del norte hacia Quito, Guayaquil y el Perú y se operaba por primera vez la conjunción de los ejércitos libertadores del Continente en el punto cero de las latitudes. Permítame tan distinguido e ilustrado auditorio que por necesidades mismas de la exaltación del acontecimiento que celebramos, haga un breve recuerdo de las acciones que tuvieron por feliz resultado la victoria de Pichincha, remontándose tan solo al momento que el Libertador Bolívar en julio de 1819 parte desde los llanos del Orinoco en dirección de Nueva Granada, dejando el norte de Venezuela, ocupado por poderosas fuerzas realistas y obtiene el 7 de agosto del mismo año la victoria de Boyacá que dio la independencia a la antigua Audiencia de Bogotá. De aquí procede el inicio de la tenaz resistencia que tuvo que afrontar el ejército libertador en su marcha hacia Quito y Guayaquil para completar la independencia de la Gran Colombia. Los derrotados en Boyacá se dirigieron hacia el sur a ocupar posiciones tradicionalmente realistas y ayudados eficazmente desde Quito por el Capitán General don Melchor Aymerich hicieron fuertes en la provincia de Pasto y Patía y disputaron tenazmente el dominio de Popayán y del Alto Cauca, A su vez Aymerich se encontraba ayudado por el Virrey del Perú don Joaquín de Pezuela. Ante esta resistencia que se formaba en el sur el general Santander por orden de Bolívar dispuso lo conveniente para atacar esos lugares, teniendo Quito como objetivo. El general patriota don Manuel Valdez,

fue designado jefe de estas operaciones. Los años 1821 y 1822 fueron de lucha tenaz y sangrienta en que los fieros y fanáticos habitantes de esas regiones inhóspitas del nudo de Pasto y las quebradas de los ríos Guáitara y Juanambú pusieron una barrera infranqueable contra la que se estrellaron los más aguerridos, denodados y heroicos esfuerzos de los ejércitos libertadores del Norte. Solamente la eficaz ayuda del Sur los sacaría de esa situación insoluta.

En la realización de este plan imprevisto de conjunción de esfuerzos y voluntades que dio maravillosa unidad al movimiento emancipador sudamericano, la llegada al Perú de la Expedición Libertadora comandada por el Generalísimo don José de San Martín, la posterior ocupación del valle de Huaura y el dominio del Pacífico por la Escuadra Libertadora, fueron de consecuencias muy provechosas por la continuación de la interrumpida marcha victoriosa de los ejércitos libertadores del Norte, hacia Quito y Guayaquil. La ocupación de Huaura y el espontáneo pronunciamiento de los pueblos de nuestra costa norte influenciaron notoriamente en el pueblo de Guayaquil que proclamó inmediatamente su independencia. Tan importantes acontecimientos dieron como primer resultado el aislamiento de las fuerzas realistas de Popayán, Pasto y Quito, privándolas de la ayuda del Virrey del Perú. Pero Guayaquil a su vez, tuvo que afrontar inicialmente la hostilidad de las fuerzas realistas que al mando del Capitán General Aymerich las amagaban desde Quito y las que al mando del Coronel Francisco Gonzáles las hostilizaban desde la aislada posición realista de Cuenta, las fuerzas libertadoras del Perú se sentían impotentes para acudir en auxilio de Guayaquil porque respetaban la ajena jurisdicción en que se encontraba. La situación de Guayaquil la supo aprovechar Bolívar con un punto de apoyo en el Pacífico resolvió atacar Quito por el norte y sur. Escoge uno de sus más jóvenes y brillantes generales de su estado mayor, que a su vez que gran estrategia era hábil diplomático, el general don Antonio José de Sucre, predestinado a ganar la primera y última batalla de los ejércitos unidos de América del Sur. Sucre embarcó en el puerto de Buenaventura con algo más de mil (1000) en abril de 1821 y a principios de mayo llegaba a Guayaquil, lugar que se presentaba por la fuerza de los acontecimientos como punto inicial de conjunción de las fuerzas libertadores continentales y posterior lugar de reunión de los dos genios de la revolución sudamericana. Pero que Guayaquil a su vez punto de reunión y solidaridad, pretendió inicialmente convertirse en motivo latente de discordia entre el Perú y la Gran Colombia, más la sabiduría de su pueblo y la altura moral de los líderes de la revolución, hizo que Guayaquil mantuviera su derecho a la libre determinación, por lo que se luchaba en la revolución americana. Conveniente es decir que la intervención militar sanmartiniana peruana, en nada afectó este irrenunciable derecho del pueblo hermano. El Perú desde entonces sostuvo lo que ha sido norma invariable de su política internacional; el principio de la no intervención de los asuntos internos de otros estados.

La primera comunicación de Sucre a San Martín solicitando su ayuda lleva fecha 13 de mayo de 1821. Le pide que un batallón que sabia se estaba formando en Piura lo mandara en su auxilio invadiendo Loja en dirección a Cuenca; en reciprocidad le ofrecía la colaboración colombiana. Una vez

obtenida a victoria sobre los realistas de Quito. El 12 de junio le reitera el pedido. Esta vez lo hace con la Junta de Gobierno de Guayaquil. “La identidad de nuestra causa -le dice en esta comunicación- me anima a proponer a V.E. estos medios que V.E. concentrará en favor de los intereses recíprocos de América.” Le reitera el ofrecimiento de colaboración en la campaña del Perú, una vez terminada la de Quito. Pero San Martín tenía por entonces el problema de la “batalla blanca” por la posesión de Lima y el general Arenales se encontraba en el inicio de la segunda expedición a la sierra, por lo que la ayuda solicita tuvo que posponerse. Ante la situación difícil por la que atravesaba Guayaquil, con fecha 19 de agosto la Junta de Gobierno insiste ante San Martín en la tan ansiada ayuda “Si V.E. no acelera los esfuerzo que con tanta insistencia le hemos pedido -le dice- la provincia está perdida. 500 hombres cuando menos deben volar en nuestro auxilio, bien para obrar por Piura contra Cuenca, bien directamente sobre esta provincia y en igual caso es conveniente, es indispensable que vengan 200 o más hombres de caballería y principalmente mil fusiles”. Era que Aymerich habría emprendido campaña contra Guayaquil conjuntamente con fuerzas salidas de Cuenca. Afortunadamente el mismo 19 de agosto que la Junta de Guayaquil cursaba tan apremiantemente pedido, el general Sucre obtenía cerca de Guayaquil la espléndida victoria de Yaguachi, derrotando a la fuerzas salidas de Cuenca al mando del coronel Francisco Gonzales. Aymerich, duramente afectado por este revés emprendió rápido repliegue hacia el norte abandonando sus parques y bagajes y dejando en su ruta numerosos dispersos y rezagados que dieron a su retirada todas las características de una derrota. Estimulado el ejercito independiente por este primer triunfo reorganizó sus unidades y emprendió campaña hacia el N.E. con el objeto de cortarle su retirada hacia Quito. El nuevo encuentro tuvo lugar el 12 de setiembre cerca de Huachi, en los llanos del Ambato, y esta vez la suerte le fue adversa a Sucre cuyo ejército sufrió duro desastre. Pero el temple heroico de este joven general hizo que sobre los escombros de la derrota forjara nuevos elementos para la victoria y con rapidez inquebrantable organizó nuevas fuerzas llamando al pueblo de Guayaquil a las armas. El jefe realista de Quito destacó sobre Guayaquil una poderosa columna al mando del coronel Tolrá para acabar con las fuerzas independientes que las creía semi destruidas. Pero al comprobar la reorganización y el buen estado de las fuerzas de Sucre, no se arriesgó a un combate y propuso al jefe un armisticio que negociado por ambos jefes se firmó en Babahoyo el 19 de noviembre de 1821. Los realistas se retiraron a Riobamba y los independientes a Guayaquil.

Mientras tanto Bolívar después de la espléndida victoria de Carabobo, del 24 de junio que dio la independencia de Venezuela se retiró al sur a tomar personalmente el mando de las fuerzas libertadoras que combatirían en Popayán y Pasto. Pero al igual que sus predecesores, su indomable voluntad y su estrategia se estrellaron contra la fiera resistencia de los habitantes de esas regiones fanatizados por el Obispo de Popayán Jiménez Padilla. La guerra en el norte continuo, así, detenida, mientras que en el sur la situación de Sucre era sumamente aflictiva después del desastre de Ambato. Se renovaron a San Martín los pedidos de ayuda. El Libertador del su comprendió la urgencia de aunar esfuerzos . Pasado el peligro que significó para Lima la expedición de

Canterac, y habiendo capitulado las fortalezas del Real Felipe en el Callao, dispuso la ayuda. El General don Juan Antonio Álvarez de Arenales, después de su segunda expedición a la sierra había sido designado Presidente (Prefecto) del Departamento de Trujillo y a él le encargó San Martín organizar la división auxiliar, nombrándolo jefe de la misma, pero Arenales cedió su puesto al coronel Don Andrés de Santa Cruz. A principios de enero de 1822 la división auxiliar estaba lista y las condiciones de la ayuda se pactaron en Piura entre el coronel Santa Cruz y el coronel Tomás Heres, delegado de Sucre.

La división auxiliar peruano-argentina, estuvo formada por el batallón "Trujillo" No. 2, el Batallón "Piura", No. 4, el escuadrón de Cazadores del Perú y un escuadrón de Granaderos a Caballo (argentino). El total de estas fuerzas alcanzaba a 1,622 hombres aguerridos y competentes. Santa Cruz se puso en campaña de acuerdo al plan trazado, dirigiéndose por Macará, Cariamanga y Loja, para concentrar sus tropas con las colombianas y guayaquileñas en el pueblo de Saraguro el 9 de febrero de 1822, lugar determinado por Sucre. La campaña se inició bajo los más brillantes y halagadores auspicios, tomando la división peruana la vanguardia y apoderándose el ejército unido a los pocos días sin mayor combate de las provincias de Loja y Cuenca. De Cuenca el ejército unido se dirigió a Quito por lo flancos occidentales de la cordillera, intentando los españoles cercarlos en Riobamba. Sucre mandó que el escuadrón argentino Granaderos a caballo y el colombiano Dragones hicieran su reconocimiento y comprometieran el choque, pero el escuadrón Granaderos a caballo se adelantó imprudentemente y de pronto se encontró sorpresivamente rodeado de tres escuadrones españoles. "Una retirada -dice el comandante argentino Lavalle en su parte- hubiera ocasionado la pérdida del escuadrón y su deshonra y era el momento de probar en Colombia su coraje; mandó formar en batalla, poner sable en mano y los cargamos en confianza" El resultado fue el desbande de los escuadrones españoles que fueron a buscar el amparo de su infantería. El coronel español Tolrá puesto a la cabeza de sus escuadrones, ordenó nuevamente la carga. Cuando estuvieron a cien pasos de los Granaderos, éstos por orden de Lavalle volvieron caras y en una segunda carga derrotaron completamente a los españoles. El general Sucre en su comunicación al Ministerio de Guerra y Marina del Perú rinde homenaje al escuadrón argentino al decir que: "el bravo escuadrón de granaderos que se había adelantado se halló solo improvisadamente frente a toda la caballería española y tuvo la elegante osadía de cargarlos y dispersarlos con una intrepidez de que habrán raros ejemplos". El escuadrón argentino se componía de 96 hombres y la caballería española de más de 400. Cincuenta Dragones de Colombia colaboraron en la segunda carga y según el parte "se comportaron con bravura". Era el 21 de abril de 1822.

A la vez que Sucre iniciaba su marcha hacia el norte, el Libertador Bolívar desde Popayán y al frente de unos 3000 hombres decidió emprender campaña hacia el sur dispuesto de destrozarse la porfiada resistencia de los habitantes de esas regiones. En su marcha hacia el Juanambú por terrenos sumamente hostiles y difíciles perdió cerca de 1000 hombres. Le tocaba atravesar el temible río Guáitara, el río que hasta entonces había sido tumba de los ejércitos

independientes. Al tratar de hacerlo, se encontró con el ejército realista que le cerraba el paso, al mando del coronel Basilio García, experto temible en la guerra en esa región. Los realistas estaban colocados entre las faldas del volcán Pasto y el mencionado río, posiciones en que los estrategas militares han calificado de inexpugnables. Bolívar, a pesar de todo decidió dar la batalla con su ejército formado en el llano de Bomboná. Era el 7 de abril de 1822. La batalla de Bomboná fue terrible y está considerada como una de las más sangrientamente disputadas en esta guerra, por la elevada cifra de muertos y heridos por ambos bandos. Se luchó porfiadamente durante todo el día sin resultados positivos para ninguno de los combatientes. Solamente la caída de la noche pudo darla por terminada. Al amanecer del día siguiente el resto del ejército realista había abandonado, pero Bolívar no estaba en condiciones de seguir adelante y dispuso su retirada hacia Popayán. Afortunadamente la victoria de Riobamba primero y la de Pichincha después lo vinieron a sacar de tan aflictiva situación.

Efectivamente, después del combate de Riobamba el ejército realista continuó su retirada hacia Quito, seguido de cerca por el ejército unido que había recibido una ayuda de 500 hombres enviados por Bolívar al mando del Coronel José María de Córdoba. Desde mediados de mayo ambos ejércitos se encontraban persiguiéndose uno al otro, procurando Sucre dar la batalla y los realistas esquivarla hasta llegar a Quito. Así llegaron a las inmediaciones de la ciudad con el volcán Pichincha al frente. Del 21 al 23 de mayo los ejércitos se encontraron casi a la vista y la batalla se hacía inminente. Para tomar mejores posiciones y evitar una anunciada ayuda de Pasto, Sucre y Santa Cruz decidieron bordear el Pichincha y tomar posiciones por el norte. La operación se realizó en la noche del 23 al 24 de mayo. Al amanecer del nuevo día de gloria para la causa americana, el ejército unido, con el batallón "Trujillo" a la cabeza, trataba de llegar a la cumbre mientras los realistas, informados de la maniobra patriota realizaban la misma operación por el lado opuesto. Eran las 9.30 de la mañana cuando se rompieron los fuegos durando la acción cerca de tres horas. El último esfuerzo de los realistas fue contenido por el Batallón "Albión" formado en su mayoría por ingleses. A las doce del día 24 de mayo de 1822, hace exactamente ciento cincuenta años, la batalla estaba ganada por el ejército unido libertador y los restos del ejército realista se refugiaban en la ciudad de Quito y en sus fuertes. El General Sucre intimó inmediatamente la rendición de la ciudad. Al día siguiente se firmó la capitulación estando comprendida en ella las tropas realistas que se encontraban entre Quito y Pasto. Consecuencia inmediata de esta victoria fue la capitulación de la rebelde ciudad de Pasto, el 8 de junio, ante el propio Bolívar, accediendo el libertador a las exigencias de los pastusos y el Obispo de Popayán. Recién entonces pudo el Libertador Bolívar continuar su interrumpida marcha hacia el sur entrando en triunfo a Quito el 16 de junio. En su comunicación que el día 18 enviara el Coronel Santa Cruz, desde esa ciudad, junto con la Ley que disponía honores a la división peruano-argentina y a su jefe, le decía: "Sírvese Ud., recibirla como el testimonio más sincero de lo que debe Colombia a los primeros hijos del Perú que han unido sus banderas a las de la República. Suplico a Ud. se sirva transmitir los sentimientos de admiración y aprecio que me han inspirado los jefes, oficiales y tropa de los

batallones Trujillo y Piura y los escuadrones de cazadores y granaderos montados que tan gloriosamente sellaron con la sangre la libertad de Quito y la paz de Colombia”, otorgándole a él, así como a los jefes y oficiales una medalla de oro, y de plata a los sargentos, cabos y tropa con la inscripción “Libertador de Quito en Pichincha” y por el reverso “Gratitud de Colombia a la división del Perú”, reconociendo a todos sus integrantes como ciudadanos beneméritos de Colombia”. El gobierno del Perú por su parte ascendió a Santa Cruz a General de Brigada, así como también concedió ascensos a los demás jefes y oficiales otorgándoles una medalla recordatoria a todos los integrantes de la división peruano-argentina. Finalmente el primer Congreso peruano otorgó a Santa Cruz una de las tres medallas al mérito que creó para honrar a tres patriotas eminentes por sus servicios a la independencia nacional. Las otros dos medallas fueron otorgadas al Marqués de Torre Tagle y a don José de la Riva Agüero, dos peruanos ilustres a quienes la patria les debe el homenaje de que sus restos reposen en el Panteón de los Próceres.

Señores, los hechos de armas de la guerra emancipadora, como el que hoy conmemoramos son una expresión material y final de un largo proceso de preparación espiritual de nuestro pueblo, que se inicia en la etapa precursora cuando surge en la conciencia de los habitantes del Perú y de América el concepto de Patria y la decisión de luchar por ideales de libertad, independencia y soberanía en pos de una vida mejor. La consecuencia final de la guerra emancipadora fue el surgimiento de la patria peruana y de las demás patrias americanas que se incorporan a la vida universal con el ideal de ser estados libres y soberanos. Ciento cincuenta años después cabe preguntar si se han cumplido estos ideales por cuales lucharon los precursores, los próceres, los líderes y el pueblo en general. O cabe preguntar si estos hombres geniales y patriotas se equivocaron cuando proclamaron la vigencia de los derechos naturales del hombre, la soberanía nacional, la soberanía popular, la solidaridad americana para resolver sus grandes problemas, el derecho a una vida mejor. ¿Fue en vano la generosa sangre derramada por el pueblo del Perú y de América en defensa de estos principios e ideales de vida? Indudablemente que la respuesta sin ser negativa no es satisfactoria. ¿Por qué los tenemos en el bronce y les rendimos homenaje cada vez que se conmemora algún aniversario más de sus acciones heroicas o de sus vidas? Indudablemente que la patria está agradecida.

Indudablemente que ellos no se equivocaron. Ellos lucharon por la patria soberana, por las libertades y soberanía de sus ciudades: lucharon por su felicidad, lucharon por América. Pero debemos decir que lustros después de terminada la guerra emancipadora, estos pueblos, unos más y otros menos, volvieron la espalda al mensaje de sus próceres y libertadores y olvidaron el esfuerzo de su pueblo. Se quebró el principio de solidaridad; guerras de conquista surgieron entre ellos; la anarquía desgastó esfuerzos y voluntades; gobiernos despóticos olvidaron los sagrados derechos de los pueblos, dirigiendo la acción gubernativa en busca del bien de los menos en detrimento de los más. Creo sinceramente que el mejor homenaje que podemos rendir a su memoria es decir que no se equivocaron; es retomar el mensaje que ellos nos dejaron,

luchado por la patria y por una vida mejor para todos nosotros dentro del sagrado ideal de respeto a los derechos soberanos del pueblo y dentro del ideal de solidaridad americana.

Para un mejor y justo reconocimiento de los hechos de la independencia nacional, es que la Comisión Nacional del Sesquicentenario por mandato de Ley, está empeñada en la publicación de la Colección Documental de la Independencia del Perú, que ampliada hasta 1824 sobrepasará los 80 volúmenes, para que nuestros estudiosos tengan a mano la principal documentación que permita una correcta y cierta visión histórica de nuestro proceso emancipador, historia que no la queremos al servicio de nadie en particular, sino al servicio del pueblo y de la patria, como la quiso el Inca Garcilaso de la Vega, el primer peruano que escribió una historia del Perú, y como nos dice en el prólogo de sus "Comentarios Reales" a escribe, dice, para dar a conocer al mundo el Perú, "nuestra Patria".

Nosotros queremos que nuestra historia se estudie con serenidad y veracidad, no solo para que el mundo conozca el importante proceso histórico del Perú, sino para que nuestra historia sea el sustento espiritual del patriotismo, y nos sirva para conocer e interpretar mejor nuestro desarrollo histórico como nación y como Estado, esto es repito, para ponerla al servicio del pueblo y de la patria.